

Agfa

ZEISS
IKON

Contax

Leica

Rolleiflex

Exakta

Nuestros expertos le aconsejan

cual es la cámara o filmadora más apropiada para Ud.

Nuestro surtido le ofrece

la cámara o filmadora para cada gusto y cada presupuesto.

Nuestro laboratorio le hace

el mejor trabajo de aficionado, desarrollo, impresión, ampliación.

FOTO-ALMACEN
Lindner

ROBOT
Sixtus

BOGOTA

Calle 13, 7-66

Apartado 1492

REVISTA DEL COLEGIO MAYOR DE NTRA. SRA. DEL ROSARIO

La responsabilidad de los artículos pertenece al autor.

Tarifa reducida en el servicio postal interior. Lic. N.º 118.

RECTOR: D. D. J. V. CASTRO SILVA

REDACCION: EDUARDO CARRANZA - ADMINISTRACION: A. DELGADO PLAZA

Volumen XXXVI — Bogotá, Febrero y Marzo de 1941. — Nos. 347 y 348

La filosofía de Santo Tomás y el mundo actual

Este artículo es la introducción al libro titulado "El Doctor Angélico", cuya traducción castellana, por el presbítero Carlos José Romero, saldrá a luz próximamente en esta ciudad.

Esta obra no es una exposición de la doctrina tomista; su fin es más bien poner en claro ciertos aspectos esenciales de la personalidad y de la acción del Doctor Angélico, de su acción presente y siempre eficaz, más todavía que de su acción pasada: hablaremos, pues, no del tomismo medioeval, sino de un tomismo perdurable y actual.

Hemos dicho en el Prefacio de "Antimoderno": "Sería de una extrema ingenuidad el abordar el pensamiento moderno y simpatizar con todo lo que hay en él de bueno sin preocuparse antes por discernir sus principios espirituales... Por el contrario, una vez hecha esta discriminación, una vez asegurado el trabajo de precisión que garantiza, por decirlo así, la especificidad de nuestra vida intelectual, entonces, pero solamente entonces, podremos y deberemos dejar obrar libremente la tendencia universalista que se ma-

nifiesta tan admirablemente en Santo Tomás de Aquino; tendencia benévola y pacífica que lleva al pensamiento católico a buscar en todas partes la concordancia más bien que la oposición, los fragmentos de verdad más bien que las desviaciones y privaciones, a salvar y a adoptar más bien que a destruir, a edificar más bien que a dispersar. Ciertamente no falta campo de trabajo a los espíritus católicos, y tienen en que ejercitar su espíritu de iniciativa, porque ellos deben emprender una obra de integración universal”.

Este trabajo de integración y de construcción será el fin al cual la filosofía tomista contemporánea debe aplicar ante todo su esfuerzo. Era necesario comenzar por renovar aquellos vínculos vitales, a cuya merced la sabiduría se continúa entre los hombres, y por desenmascarar los grandes errores que son obstáculo a esta continuidad. Es cierto que esta crítica del error no debe cesar jamás, pero debemos volvernos hacia el porvenir.

No podemos disimularnos el que esta obra se prosigue en medio de la frivolidad general; y si es cierto que de parte de los católicos hay un gran número que se niega a comprender, desde hace unos cincuenta años, las lecciones del Espíritu Santo y de Roma, que les pedían no rebajar a la medida de un criterio demasiado humano una religión divina, ¿cómo admirarse de que frecuentemente también delante de esta misión difícil entre todas pero que es la suya propia, cuando se trataba de juzgar al mundo y al momento presente a la luz de las verdades eternas, haya rehusado seguir las exhortaciones de León XIII que los impulsaba a buscar el bagaje doctrinal indispensable en el Doctor común de la Iglesia? No es, pues, una cosa sorprendente el que la oposición más insidiosa y más viva contra Santo Tomás haya nacido de una cierta inteligencia a la vez piadosa y ligera.

En cuanto a las regiones en que se ha llegado a creer que es posible librarse de la verdad primera, lo extraordinario sería que el tomismo no fuera objeto de una sólida aversión.

Pero estas enemistades nos animan a insistir más, porque muestran hasta qué punto el renacimiento tomista incomoda por una parte a un cierto *confort* ecléctico, y por

otra parte a todo lo que aspira a un mundo sin Dios. Pero la filosofía tomista ha triunfado desde el principio de muchos obstáculos; no se la puede ignorar, no se la puede ahogar y encuentra en el mundo entero inteligencias que se interesan por ella; sabemos que la sabiduría de Santo Tomás corre por los caminos de la tierra delante de los pasos de Dios. Cuanto más crezcan las fuerzas de la ilusión tanto más los que aman la verdad se sentirán atraídos hacia la vasta luz de esa sabiduría, *ibi congregabuntur et aquilæ*. Toda nuestra visión es abrir el camino hacia ella, por lo cual hemos dicho y decimos todavía: *Væ mihi si non thomistizavero*.

Si los que se escandalizan de esta palabra nos hubieran hecho el honor de aprender con alguna atención, en lugar de entregarse a simplificaciones demasiado cómodas habrían comprendido que si somos tomistas no es tanto por tranquilidad de nuestra alma sino por el bien de las suyas; no pretenderían que pensamos solamente en “declarar ilegítimas” y en “aniquilar” las aspiraciones de nuestro tiempo y no nos objetarían lo mismo que nosotros pensamos, a saber, que “se trata de ordenar la abundancia de esos deseos que el mundo moderno engendra, para lo cual es necesario tenerlos en cuenta”. Sabrían, en fin, que nuestra intención no es “proclamar el orden” sino más bien, en cuanto tengamos fuerzas y voz, llamar obreros que bajo la dirección del Doctor Angélico, se consagren a “crear el orden” según la verdad. En el campo filosófico este trabajo está comenzado desde hace mucho tiempo, pero está apenas comenzado: tan grande es la obra y tan difícil de llevar a término. Por nuestra parte creemos no haber hecho nada todavía.

De nada vale presentar, como hacen ciertos críticos, al neotomismo como una panacea para dispensar del esfuerzo intelectual y favorecer la inmovilidad, o destinada al decir de algún otro, a asegurar un sentimiento de tranquilidad social, o pretender que para los tomistas la Summa Theologica es una “revelación global y aun exclusiva” de toda la verdad, etc. Confesamos una cierta satisfacción al ver a esos adversarios de una filosofía que amamos tanto, reducidos así a patentes contradicciones.

Sin embargo queremos aprovechar la ocasión que ellos nos ofrecen para declarar una vez más:

Hay una filosofía tomista, pero no hay una filosofía neotomista: no pretendemos incluir lo pasado en el presente, sino mantener lo presente en la actualidad eterna.—El tomismo no pretende volver a la Edad Media. Como lo decíamos en el prefacio de “Antimoderno”, “si somos antimodernos no es por gusto personal sino porque lo moderno, salido de la revolución anticristiana, nos obliga a ello por su espíritu, porque opone al patrimonio humano su especificación propia, odia y desprecia el pasado y se adora a sí mismo, y porque odiamos y despreciamos ese odio y ese desprecio, esa impureza espiritual; pero si se trata de salvar y asimilar todas las riquezas de ser acumuladas en los tiempos modernos, y de amar el esfuerzo de los que investigan, y de desear una renovación, entonces nada deseamos tanto como ser modernos. Y en verdad, ¿no suplican los cristianos al Espíritu Santo que renueve la faz de la tierra? ¿No esperan la vida del siglo futuro? Esa será la verdadera novedad y para todos. Amamos el arte de las catedrales, a Giotto y al Angelico, pero detestamos el neogótico y el prerrafaelismo; porque sabemos que el curso del tiempo es irreversible, y por mucho que admiremos el siglo de San Luis no queremos volver a la Edad Media, según el absurdo deseo que algunos penetrantes críticos nos atribuyen generosamente; esperamos ver restituídos en un mundo nuevo, informando una materia nueva, los principios espirituales y las normas eternas, de los cuales la civilización medioeval no nos presenta, en sus mejores épocas, sino una realización histórica particular, superior en calidad, a pesar de sus enormes deficiencias, pero definitivamente pasada”.

El tomismo pretende usar de la razón para distinguir lo verdadero de lo falso, no quiere destruir sino purificar el pensamiento moderno e integrar todo lo verdadero descubierto desde el tiempo de Santo Tomás hasta hoy.—Es una filosofía esencialmente sintética y asimiladora, la única que ha intentado a través de los siglos y de los mundos una obra de continuidad y universalidad; es también la única que elevándose a la ciencia de lo suprasensible pide primero a la ex-

periencia una adhesión a la realidad sensible. A ella toca desentrañar del inmenso aporte de las ciencias experimentales, acumulado desde hace cuatro siglos, una auténtica filosofía de la naturaleza y en otros campos integrar el tesoro artístico de los tiempos modernos a una filosofía del arte y de la belleza, verdaderamente universal y, al mismo tiempo, comprensiva de los esfuerzos del momento presente.

El tomismo no es ni de derecha ni de izquierda, porque no está situado en el espacio sino en el espíritu.—El tomismo es una sabiduría; entre él y las formas particulares de la cultura debe haber comunicaciones vitales incesantes, pero en su esencia es rigurosamente independiente de esas formas particulares. La filosofía tomista posee los principios más universales de la estética y sin embargo es claro que no se podría hablar de una escuela literaria, de una pintura, de una novela, de una poesía específicamente tomistas. Asimismo la teología tomista integra los grandes principios de la política cristiana, y sin embargo no se podría hablar de un partido político tomista. La sabiduría de Santo Tomás está por encima de toda particularización, y en esto participa algo del catolicismo mismo: *nolite tangere*. El catolicismo es una religión universal y universalista, la verdadera religión; el tomismo es una filosofía y una teología. Católico, aplicado a algo que no sea esa religión, tomista, a algo que no sea esta filosofía y esta teología, son puras designaciones materiales, que se refieren no a lo que se deriva esencialmente del catolicismo y del tomismo, sino a la actividad ejercida de hecho en un campo particular por un sujeto católico o tomista. Y a decir verdad, nada debemos temer tanto como hacer juzgar de la verdad, divina o humana, según nuestras limitaciones o nuestros errores.

Juzgar del tomismo como de un vestido que se llevaba en el siglo XIII y que ya no se lleva, y como si el valor de una metafísica dependiera del tiempo, es un modo de pensar propiamente bárbaro. La inteligencia nos exige que tengamos por única valedera, si es verdadera, una doctrina filosófica entre todas las demás; lo que no impide saber que la investigación filosófica es indefinidamente progresiva. Este progreso se produce de una manera muy distinta que el

de las ciencias experimentales, constantemente controladas y rectificadas por las verificaciones sensibles y por la filosofía. Esta tiene como contrapeso de su superioridad la propiedad de poder desarrollarse en el error, y por tanto hay que distinguir en ella dos formas de progreso, según que progresen *per se*, en virtud de aumentos de verdad debidos a la continuidad de un esfuerzo constantemente mantenido en la línea de lo verdadero, o *per accidens*, en virtud de aumentos de verdad procurados de hecho por la multiplicidad sin fin de tentativas aberrantes que no pueden avanzar en el error sino arrastrando algo de verdadero.

No es menos pueril juzgar del valor de una filosofía en relación con un estado social que se quiere conservar o destruir; la sabiduría tiene otras medidas. Las explicaciones históricas inspiradas de Marx o de Sorel, en cuanto consideran la causalidad material que entra efectivamente en las cosas humanas, pueden explicar el éxito o el fracaso de una filosofía en determinado medio social, pero no pueden decir nada de lo *formal* de esa filosofía. Y cuando se trata de una doctrina más o menos esbozada o preparada en las antiguas tradiciones filosóficas de la humanidad, formada en la sociedad helénica en tiempo de Aristóteles, aceptada y sistematizada en la sociedad feudal en tiempo de Tomás de Aquino, y cuya espiritualidad pasa intacta a través de las edades más diversas, es un absurdo evidente el ver en ella “una reacción defensiva” de la sociedad burguesa de nuestro tiempo, la cual, por otra parte, se basa en principios supremos muy opuestos a los de Santo Tomás.

La filosofía de Santo Tomás es en sí misma independiente de las verdades de la fe y no depende en su estructura propia y en sus principios sino de la experiencia y de la razón.—Sin embargo, siendo perfectamente distinta de ellas esta filosofía está en comunicación vital con la sabiduría superior de la teología y de la contemplación, y por su contacto con esas sabidurías superiores y con la vida intelectual de la Iglesia, recibe una fuerza que le permite mantener entre los hombres la pureza y la universalidad que le son propias.

Confesemos que las verdades que acabamos de recordar son de las más elementales, y si hemos hecho uso de letra bastardilla a falta de caracteres de cartel o de avisos luminosos, no creemos por eso que ellas retengan la atención de ciertos espíritus resueltos a no comprender. Cuando explicamos a nuestros contemporáneos la necesidad de ponerse a la escuela de Tomás de Aquino, sabemos que nuestro deber es decírselo, no persuadirlos a pesar suyo. “*Que el que quiera escuchar, escuche, y el que no, que no oiga*”. (Ezequiel, III, 27).

Hay que reconocer en el fondo de lo que se objeta de ordinario al actual renacimiento de la filosofía de Santo Tomás, un único prejuicio que uno de nuestros críticos dejaba traslucir ingenuamente cuando hablaba de ese “autor del siglo XIII” que algunos “se empeñan en elevar por encima de la Historia”. La cuestión es saber si hay o no derecho de admitir que hay algo por encima de la historia y que pueden existir valores suprahistóricos. No, responden nuestros censores, listos a reconocer que Tomás de Aquino fue una gran luz, tan grande como se quiera, sublime, inmensa; pero a condición de que esa luz haya sido y no sea ya; a condición de que de Santo Tomás no subsista sino lo que haya podido pasar de él, vagamente en el flujo de lo mudable. Lo que los ofende, indigna, escandaliza, es que se piense que Tomás de Aquino subsiste siempre, que domina la historia, que su luz, porque es espiritual, que su pensamiento, porque es verdadero, guarda su grandeza esencial y su esencial eficacia, hoy como en tiempo de San Luis. Acostumbrados a sumergir en el flujo del tiempo toda realidad, aun de orden espiritual, miran la sustancia misma de la sabiduría como esencialmente medida por el tiempo y por la historia, y piensan que reconocer una inmutabilidad cualquiera que se impone de por sí, es poner dique al tiempo, inmovilizar la historia, tratar de inmovilizar el flujo mismo de la sucesión; no ven que la inmutabilidad de lo que la sabiduría ha adquirido una vez no está en el tiempo sino por encima de él, y que lejos de detener la historia acelera su curso y el progreso del saber. Su filosofía, bajo apariencias brillantes, es la miseria misma, una carencia de intelectualidad, un ma-

terialismo profundo. Contra ella afirmamos que la verdad no pasa, que no transcurre con la historia, que el espíritu no fluye, que hay estabilidad, no de inercia, sino de espiritualidad y de vida; valores intemporales, adquisiciones eternas; que el tiempo se encuentra en lo eterno como una moneda de oro estrechada en una mano, y que la inteligencia está por encima del tiempo.

JACQUES MARITAIN

Enero de 1930.

